

Ya bien entrado el siglo XXI, la ideología del racismo y todo su andamiaje de prejuicios y estereotipos raciales, continúan empeñados en segregar, discriminar y privar de sus más elementales derechos a los descendientes de africanos en nuestros pueblos de América. Cuba no es una excepción. Más bien, en ella se dan condiciones históricas, políticas y sociales, que le conceden una importante singularidad.



Hasta mi avanzada juventud viví sin pensar en este problema. El ambiente social que me rodeaba, en medio de una familia blanca, no me hacía pensar que en la tierra en que había nacido pudieran existir hombres y mujeres a los que se les privara de sus derechos por el simple hecho de tener un color de piel más oscuro. Quizás esa experiencia la hayan vivido muchos cubanos, sometidos además a la influencia de una política oficial que siempre ha tratado de minimizar la cuestión. Sin embargo, eran frecuentes los comentarios, muchas veces sutiles pero desaprobatorios de la vida, la conducta, las costumbres y hasta las creencias religiosas de los descendientes de africanos. Algo me indicaba que la realidad era diferente a la que se me quería mostrar.

Con el paso del tiempo empecé a adentrarme de manera más profunda en el conocimiento de la historia de Cuba. Fue así que el problema comenzó a revelarse ante mi en toda su crudeza. Ya por esos tiempos hacía varios años que había triunfado la Revolución de 1959, y la problemática racial no se tocaba ni de soslayo. Jamás escuché a ninguno de mis profesores de historia, sociología o filosofía, mencionar el asunto. Todo se resumía a las espeluznantes historias sobre la esclavitud y las diferencias sociales que prevalecieron en la República instaurada en 1902. Nada sobre la Cuba contemporánea.

En la medida en que avanzaba en el estudio de la sociedad cubana y el complejo de relaciones sociales dentro de ella, pude comprobar no sólo que el problema estaba vivo y actuante, sino que también existía una larga historia de luchas por las reivindicaciones de la población negra. Las palabras que presiden este número, pronunciadas por Juan Gualberto Gómez, uno de los más destacados

luchadores antirracistas, a principios del siglo XX, son una muestra de ello. ¿Qué pasaba entonces en Cuba?; ¿Cómo había podido borrarse de un plumazo toda aquella historia de segregación, discriminación y privación de derechos?; ¿Por qué trataba de ocultarse una realidad que estaba ante los ojos de todos?

Poco a poco el panorama se fue haciendo más claro. Con el triunfo de la Revolución se había dado inicio a un proyecto de transformaciones económicas y sociales que beneficiaron a los estratos sociales más bajos de la población cubana, en las más diversas esferas de la vida laboral, social, educacional y cultural en general. Entre ellos se contaba una gran mayoría de la población negra y mestiza del país. Al calor de esta campaña, los asuntos relacionados con la discriminación y la situación desventajosa de la población no blanca comenzaron a ocupar espacios en el discurso político de los principales líderes de la Revolución y en los medios de comunicación. Pero eso no duró mucho tiempo. De la noche a la mañana el problema se consideró resuelto, y su tratamiento se convirtió en un tabú. Un problema que de solo mencionarlo, podía afectar la unidad monolítica que la Revolución pretendía presentar ante el mundo. Es decir que el silencio se había impuesto desde arriba.

La profunda crisis económica que afecta al país desde inicios de los años 90 sería el detonante que demostraría lo contrario. Las secuelas sociales que se derivaron de ella, no solo han puesto nuevamente el problema sobre el tapete, sino que han dejado claro que Cuba está lejos de haber alcanzado una sociedad igualitaria y mucho menos haber logrado borrar el espectro del racismo. Las reformas económicas para paliar las consecuencias de la crisis, y entre ellas la legalización del dólar, crearon nuevos espacios de desigualdad, que limitan el acceso de la población negra y mestiza al disfrute de todos los bienes sociales, en medio de condiciones cada vez más competitivas, sobre todo en la esfera laboral.

Otra cosa de la que me convencí rápidamente fue que el racismo no era un problema exclusivo de Cuba. Durante mi viaje a África a mediados de los años 80 y en mis visitas a los Estados Unidos y Canadá posteriormente, pude comprobar con mis propios ojos que estaba presente con muy diversas manifestaciones en todas las sociedades multirraciales.

¿Qué es, entonces, lo que distingue el caso cubano? Quizás el elemento más característico sea el silencio alrededor del problema.

El temor a que la realidad se desnude a la luz del día. Este silencio y la falta de informaciones al respecto, facilitaron que el problema siguiera desarrollándose de manera, digamos, un poco solapada, subterránea, para no entrar en contradicción con un discurso político que desde principios de los años 60, presentó la solución del problema, la unidad popular monolítica y la práctica de la igualdad como logros paradigmáticos de la Revolución.

Desde luego, el desconocimiento del problema entre los cubanos, desborda las fronteras de la isla y alcanza los círculos políticos y sociales cubano-americanos en los Estados Unidos. Mi residencia en Miami, durante los últimos años, me ha permitido comprobar que en la mayoría, si no en todos los más importantes programas políticos que se centran en el futuro de Cuba, el tema racial es el gran ausente. Ello es la continuidad de una de las tendencias políticas que han prevalecido en Cuba desde la instauración de la República en 1902. ¿Por qué hablar de algo que no existe?. Solo serviría para encender la llama. Esto que no quiere decir que pretendamos situar al racismo y la discriminación racial, como las más acuciantes realidades de la Cuba actual. Se trata solo de concederle el lugar que le corresponde en la agenda del debate por una Cuba mejor.

En la Cuba de hoy, a pesar de que el tema racial ha comenzado a alcanzar cierta relevancia y cada vez son más los que se enfrentan a la realidad, sigue sin formar parte del debate social más amplio, en el que los que reciben la carga pesada de la discriminación pudieran expresar sus ideas, sus aspiraciones y desde luego, sus frustraciones. Es decir, tener un rol protagónico en la solución de sus propios problemas. La problemática racial sigue subsumida en lo que se ha dado en llamar genéricamente el “pueblo”, lo cual no hace más que diluir la cuestión y postergar su solución. Tal enfoque, por supuesto, impide la creación de un cuerpo de leyes afirmativas que pongan freno a las prácticas discriminatorias, que al parecer se hacen cada vez más comunes en la sociedad cubana.

Ese es el gran espacio que intenta cubrir Islas. Para nosotros está claro que la publicación de una revista de este corte constituye no solo una necesidad, sino también un reto para sus promotores. La necesidad no podrá ser discutida por nadie. El reto porque se trata de un tema altamente polémico y controversial. Una dolencia social sobre la cual es difícil encontrar un consenso. Este es un tema en el

que convergen experiencias y motivaciones personales, actitudes francamente racistas y múltiples tendencias e intereses políticos, que lejos de abrir el camino para su solución, lo complican altamente. La historia de Cuba esta plagada de ejemplos que lo demuestran. Enfrentar el reto es nuestro propósito.

Se trata de romper el caparazón que durante tanto tiempo ha contribuido a ocultar el problema. Si la verdad, por amarga que sea, no sale a la luz con toda su crudeza es imposible encontrar cauces de solución. Una sociedad verdaderamente democrática debe crear los espacios sociales para ello.

Es hora de que la población negra y mestiza cobre conciencia no solo de cuáles son sus derechos civiles, sino que valore también, en toda su magnitud, el lugar que ocupan en la sociedad, sus potencialidades económicas, políticas y sociales y los importantes aportes hechos a la nación cubana. Solo así será posible poner en marcha la lucha por arrancar la odiosa cobertura que durante toda nuestra historia ha pretendido ocultar la verdadera realidad y mostrar no solo al mundo sino también a los propios cubanos, una nación en la que no existen conflictos raciales.

Nuestra revista es una página abierta para activistas sociales, escritores, periodistas y profesionales en general interesados en el tema, pero sobre todo es un espacio a la disposición de todos los hombres y mujeres que han sufrido en carne propia los efectos alienantes del racismo. El debate de los distintos enfoques y perspectivas y la inclusión de trabajos sobre otros países de América y del mundo con una población multiracial, deberá contribuir a esclarecer la verdadera esencia del problema y a abrir el camino para su solución. Y aunque se incluirán trabajos de carácter histórico y sociocultural, como vía para comprender muchas de las realidades actuales, se le dedicará especial atención a los problemas contemporáneos que afectan a una población, que en el caso de Cuba, según varios cálculos, es mayoritaria y cuyas aspiraciones se han visto frenadas por doquier.

Juan A. Alvarado
Editor en jefe